LIBRO dot.com

EL DONADOR DE ALMAS

**

AMADO NERVO

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL DONADOR DE ALMAS

A Josefina Tornel, *amica in gaudio, soror in tenebris.*

DIARIO DEL DOCTOR

El doctor abrió su diario, recorrió las páginas escritas, con mirada negligente: llegó a la última, sobre la cual su atención se posó un poco más, como queriendo coger el postrer eslabón a que debe soldarse uno, nuevo, y en seguida tomó la pluma.

En el gabinete se oía el silencio, un silencio dominical, un silencio de ciudad luterana en día de fiesta.

México se desbandaba hacia la Reforma, hacia los teatros, hacia los pueblecillos del Valle; y en Medinas todo era paz, una paz de calle aristocrática, turbada con raros intervalos por el monofónico rodar de un coche o por la bocanada de aire que arrojaba, indistinto y melancólico, a los hogares, un eco de banda lejana, un motivo de *Carmen* o de *Aída.*

El doctor --decíamos-- tomó la pluma y escribió lo siguiente, a continuación de la última nota de su diario:

Domingo 14 de Julio de 1886.

"Estoy triste y un poco soñador. Tengo la melancolía del atardecer dominical. La misma total ausencia de afectos... ¡Ni un afecto! ...

Mi gato, ese amigo taciturno de los célibes, me hastía. Mi cocinera ya no inventa, y encalvece sobre sus guisos; los libros me fatigan: ¡siempre la misma canción! ¡Un horizonte más o menos estrecho de casos! Sintomatologías adivinables, diagnósticos vagos, profilaxis... ¡Nada! Solo *sé que no sé nada.* Sabiamente afirma Newton que los conocimientos del hombre con relación a lo ignorado son como un grano de arena con relación al Océano.

"Y yo sé mucho menos que Nerwton supo. Sé, sobre todo, que no soy feliz... Vamos a ver: ¿qué deseo?, porque esto es lo esencial en la vida; saber lo que deseamos, determinarlo con precisión... ¿Deseo acaso *tener un deseo* como el viejo de los Goncourt? ¡No! Ese viejo, según ellos, *era la Vejez, y yo* soy un viejo de treinta años. ¿Deseo por ventura dinero? El dinero es una perenne novia; pero yo lo tengo y puedo aumentarlo, y nadie desea aquello que tiene o puede tener con facilidad relativa. Deseo tal vez renombre... Eso es, renombre, un renombre que traspase las lindes de mi país... *et quid inde?,* como dicen los ergotistas, *o á quoi bon?,* como dicen los franceses. Recuerdo que a los dieciséis años deseé tener cien pesos para comprarme un caballo. Los tuve y compré un caballo, y vi que un caballo era muy poca cosa para volar; a los veinte deseé que una mujer guapa me quisiera, y advertí poco después que todas las mujeres guapas lo eran más que ella. A los veinticinco deseé viajar. *World is wide!,* repetía con el proverbio sajón, y viajé y me convencí de que el planeta es muy pequeño, y de que si México es un pobre accidente geográfico en el mundo, el mundo es un pobre accidente cósmico en el espacio...

"¿Qué deseo, pues hoy?

"Deseo tener un afecto diverso del de mi gato. Un alma diversa de la de mi cocinera, un alma que me quiera, un alma en la cual pueda imprimir mi sello, con la cual pueda dividir la enorme pesadumbre de mi yo inquieto... Un alma... ¡Mi *reino* por un alma!"

El doctor encendió un segundo cigarro -la sutil penetración del lector habrá adivinado, sin duda, que ya había encendido el primero- y empezó a fumar con desesperación, como para aprisionar en las volutas de humo azul a esa alma que sin duda aleteaba silenciosamente por los, ámbitos de la pieza.

La tarde caía en medio de ignívoma conflagración de colores, y una nube purpúrea proyectaba su rojo ardiente sobre la alfombra, a través de las vidrieras.

Chispeaban tristemente los instrumentos de cirugía, alineados sobre una gran mesa como los aparatos de un inquisidor. Los libros dormían en sus gavetas de cartón con epitafios de oro. Una mosca ilusa revoloteaba cerca de los vidrios e iba a chocar obstinadamente contra ellos, loca de desesperación ante aquella resistente e incomprensible diafanidad.

De pronto, *¡tlin!, ¡tlin!* el timbre del vestíbulo sonaba.

Doña Corpus, el ama de llaves del doctor -cincuenta años y veinticinco llaves- entró al estudio.

-Buscan al señor...

-¿Quién?-bostezo de malhumorado-. ¿Quién es?

-El señor Esteves.

(Expresión de alegría.)

---Que pase.

Y el señor Esteves pasó.

LA DONACION

-Doctor- dijo el señor Esteves, alto, él, rubio él, pálido él, con veinticinco años a cuestas y a guisa de adornos dos hermosos ojos pardos, dos ojos de niebla de Londres estriados a las veces de sol tropical-, vengo a darte una gran sorpresa.

-Muy bien pensado -replicó el doctor-; empezaba a fastidiarme.

-Ante todo, ¿crees que yo, te quiero?

- ¡Absolutamente!

-¿Que te quiero con un cariño excepcional, exclusivo?

-Más que si lo viese...; pero siéntate.

El señor Esteves se sentó.

-¿Crees que a nadie en el mundo quiero como a ti? ¿Crees en eso?

-Como en la existencia de los microbios..., pero ¿vienes a administrarme algún sacramento, o qué te propones haciéndome recitar tan repetidos actos de fe?

-Pretendo, sencillamente, dar valor a mi sorpresa.

-Muy bien; continúa,

-Todo lo que soy, y no soy poco, te lo debo a ti.

-Se lo debes a tu talento.

-Sin ti, mi talento hubiera sido como esas flores aisladas que saturan de perfume los vientos solitarios.

-Poesía tenemos.

-Todo hombre necesita un hombre...

-Y a veces una mujer.

-Tú fuiste mi hombre; tú creíste en mí; tú hiciste *que llegara mi día*; tú serviste de sol a esta pobre luna de mi espíritu; por ti soy conocido, amado; por ti vivo, por ti...

-Mira: capítulo de otra cosa, ¿no te parece?...

-Repito, que pretendo sencillamente dar valor a mi sorpresa.

-Pues supongamos que su valor es ya inapreciable... Oye, poeta: cierto es que yo te inventé: mas si no te hubiese inventado yo, otro lo habría hecho. Yo no creo en los talentos inéditos, como no creo en los soles inéditos. El talento verdadero siempre emerge; si el medio le es hostil, lo vence; si es deficiente, crea un medio mejor... ¿Estamos? Si tú hubieras resultado al fin y al cabo una nulidad, arrepintiérame de haberte inventado, como dicen que le pasó a Dios con el mundo la víspera del Diluvio. ¿Vales, brillas? Estoy recompensado por mi obra y orgulloso de ella. La gratitud es accidental. La acepto porque viene de ti; pero no la necesito para mi satisfacción y mi contento... Ahora, sigue hablando.

-Pues bien, hace un año, un año, ¿te acuerdas?, que pienso todos los días, todos los días, ¿te fijas?, en hacerte un regalo. (Aquí el doctor frunció el ceño.) Un regalo digno de ti y digno de mí; un regalo excepcional; y después de trescientos sesenta y cuatro días de perplejidades, de cavilaciones, de dudas..., he encontrado hoy ese regalo. (Segundo fruncimiento de cejas del doctor.) Mejor dicho, no lo he encontrado: descubrí simplemente que lo poseía, como el escéptico del cuento descubrió que andaba.

-¿Y ese regalo?

-Vine a ofrecértelo.

Andrés se levantó como para dar mayor solemnidad a su donación, y con voz cuasi religiosa y conmovida, añadió:

-¡Doctor, vengo a regalarte un alma!

El doctor se levantó a su vez, y clavó sus ojos negros --dos ojos negros y muy grandes que tenía el doctor, ¿no lo había dicho? --en los de su amigo, con mirada sorprendida o inquieta.

-Tomaste mucho café esta tarde, ¿verdad? --preguntó--. No me haces caso, y tu cerebro lo paga. Eres un perpetuo hiperestesiado...

-Esta tarde me dieron un café que amarillecía de puro delgado --replicó el otro con sencillez--. Creo que existe un complot contra mi cocinera y tú... No hay, pues, tal hiperestesia. Lo que te digo es cierto como el descubrimiento de América, a menos que el descubrimiento de América sea solo un símbolo; vengo a regalarte un alma.

-En ese caso..., explícate.

-Me parece que hablo con claridad, Rafael --el doctor se llamaba Rafael--: una alma es una entidad espiritual, substantiva, indivisa, consciente e inmortal.

-O la resultante de las fuerzas que actúan en nuestro organismo, como tú quieras.

-No --dijo Andrés con vehemencia-,

¡eso es mentira! Un alma es un espíritu que informa un cuerpo, del cual, no depende sino para las funciones vitales.

-No discutiremos ese punto. Concedido que es un espíritu, *et puis aprés*?

-Te hago, por tanto, la donación de un espíritu.

-¿Masculino o femenino?

-Los espíritus no tienen sexo.

-¿Singular o plural?

-Singularísimo.
-¿Independido de un organismo?
-Independido cuando tú lo quieras.
-Y ese organismo, si la pregunta no implica indiscreción, ¿es masculino o femenino?
-Femenino.
-¿Viejo o joven?
-Joven.
-¿Hermoso o feo?
-¿Y qué te importa, si yo no te regalo un cuerpo, sino un alma?
-Hombre, no está de sobra conocer a los vecinos.
-No debo decirte más. ¿Aceptas el regalo?
-Pero, ¿hablas en serio, Andrés?
-Hablo en serio, Rafael.
-Mírame bien.
(Pausa, durante la cual ambos se miraron bien.)
-¿De veras no tomaste café cargado hoy?
-De veras.
-Bueno, pues lo acepto; solo que...
-No preguntes, que no te responderé.
-En ese caso lo acepto sin preguntar; pero..., ¿traerías por ventura esa alma en la cartera?
-No, esa alma será tuya mañana.
-¿Otro enigma?
-Otro enigma. Hasta luego, Rafael.
-Hombre, podríamos cenar juntos sin perjuicio de la donación.
-No, no podríamos. Tengo un quehacer urgente.
-¿Relativo al alma?
---Quizá. Hasta luego.
Y después de un cordialísimo apretón de manos, los dos amigos se separaron.
La noche avanzaba con lentitud, ahogando con su marejada los últimos lampos en combustión del horizonte.

FIN DEL MUNDO

Diario del doctor.

Lunes, 15 de julio.

"Esteves ha venido ayer a ofrecerme un alma. Me inspira gran inquietud ese muchacho. Tiene delirios lúcidos de un carácter raro. Hace cuatro años que pretende poseer una fuerza psíquica especial para encadenar voluntades. Afirma que dentro de poco tiempo hará un maniquí sin más cogitaciones y voliciones que las que él tenga a bien comunicarle, de todo hombre a quien mire durante cinco minutos. ¡Es asombrosa la persistencia de su mirada! Sus hermosos ojos grises se clavan como dos alfileres en la medula de nuestro cerebro.
"Tiene actitudes de hierofante, se torna a las veces sacerdotal. O está loco o es un capullo de maravilla futura ese poeta."

Abierta la ventana del consultorio, había entrado a la pieza un pedazo de día: de un día canicular, caldeado por el sol.

Doña Corpus asomó por la puerta del fondo sus gafas y su nariz: una nariz que, como la de Cyrano, estaba en perpetua conversación con sus cejas: dos cejas grises bajo el calvario de una frente de marfil viejo.

-Han traído esta carta para usted --dijo.

Y añadió:

-¿Qué hacemos ahora de comer?

-Lo que usted quiera: estoy resuelto a todo.

---Como cada día le veo a usted más desganado...

-Precisamente por eso... Lo que usted quiera: inclusive sesos.

-No sé por qué odia usted los sesos...

-Se me figura que me como el pensamiento de las vacas.

-¡Qué cosas dice usted, señor! Bien se conoce que se va volviendo usted ma són. Valía más que se acabara el mundo.

Doña Corpus estaba empeñada en que se acabara el mundo cuanto antes. Era su ideal, el ideal que iba y venía a través de su vida de quintañona sin objeto. Noche a noche, después del Rosario, rezaba tres Padrenuestros y tres Avemarías por que llegara cuanto antes el juicio final. Y cuando le decían: "Muérase usted, y le dará lo mismo", respondía invariablemente: "No; sería mejor que muriésemos todos de una vez.

Suplicamos al lector que no censure a doña Corpus, en nombre de la libertad de ideas que constituyen la presea más valiosa de nuestro moderno orden social. El ama de llaves no conculcaba con su ideal ninguno de los artículos de la Constitución del 57; no vulneraba los derechos de tercero; su proyecto de ley --draconiana sin duda--, a ser legisladora, habríase reducido a esta cláusula:

"Acábese el mundo en el perentorio plazo de cuarenta y ocho horas."

Pero el, mundo, magüer doña Corpus, continuaba rondando al sol, y el sol continuaba rasgando el éter en pos de la *zeta* de Hércules, sin mayor novedad.

Por lo que nadie puso coto jamás al ideal de doña Corpus.

El doctor rompió el sobre de la carta.

La carta era de mujer: una ardua red de patas de mosca, un poco menos difícil de descifrarse que las primordiales escrituras cuneiformes.

Decía:

"Señor: Mi amo y dueño ha tenido a bien donarme a usted, a mí solo me toca obedecerle. Soy suya, y aquí me tiene; disponga de mí a su guisa. Y como es preciso que me dé un nombre, llámeme *Alda*. Es mi nombre espiritual: el nombre que unas voces de ultramundo me dan en sueños, y por el cual he olvidado el mío."

Sin firma.

EL REGALO DEL ELEFANTE

Hay un previo sobrecogimiento cuando nuestro espíritu va a cruzar el dintel de la maravilla.

Nuestro espíritu se dice, como los israelitas ante los truenos Y relámpagos de Sinaí: "Cubrámonos el rostro, no sea que muramos."

El doctor experimentó este sobrecogimiento previo, porque *empezaba a creer* en el conjuro.

Así son todos los escépticos: capaces de admitir hasta la inmortalidad *retrospectiva* del cangrejo y la trisección de los ángulos y el mundo subjetivo de Kant.

No hay cosa más crédula que un filósofo.

No erraríamos si dijésemos que al doctor se le alteró la digestión que iba a hacer de los sesos condimentados por doña Corpus, la catasalsas más técnica que pueda darse..

Se le alteró en *potencia, virtualmente* ,intuitivamente..., Pero se le alteró.

-Bueno- se dijo-; y ahora, ¿qué hago yo con un alma?

(El autor de esta historia preguntó en cierta ocasión a una tonta: ¿Quieres un sueño? ¿Me permites que te regale un sueño?" Y la tonta, la adorable tonta, le respondió con un sprit indigno de ella: "Amigo , ese es el, regalo del elefante." Pues lo propio pensó el doctor: "¿Un alma? Pero ¡un alma es el regalo del elefante!")

-Veamos en qué puedo yo utilizar esta alma: ¿Le pediré un afecto, ese afecto exclusivo con que ayer deliraba? Pero ¡si por lo mismo que es *mía* no puedo exigir de ella más que la sujeción absoluta , y la sujeción absoluta no es el afecto! Las odaliscas del Sultán no aman al Sultán. Una mujer no ama sino en tanto que es dueña de sí misma, que puede *no amar*, no entregarse. Su propia donación es un testimonio de su voluntad, influida si se quiere por una atracción poderosa, pero capaz, cuando menos en el orden de las teorías lógicas, de resistirla.

A mí se me ha dado un espíritu, le llamaremos así; pero no se me ha dado un afecto.

Y el doctor cayó en la más parda de las cavilaciones.

-¡Oh! –añadió, porque hablaba solo. Ahora todo el mundo habla solo, Es preciso decirse las cosas en voz alta para que tengan sabor, como afirman algunos autodialogadores y autodialoguistas-. ¡Oh, si yo pudiese realizar con Alda el matrimonio cerebral soñado por Augusto Comte! No hay duda, este es el solo connubio posible en el porvenir, cuando el maravilloso verso de Mallarmé sea el lema universal:

Helas! La chair est triste et j'ai lus tous les livres!

(<< ¡Ay de mí! ¡La carne es triste y yo he leído todos los libros! >>)

"Un connubio así constituiría la felicidad suprema. ¿Por qué agoniza el amor en el matrimonio? Porque poseemos al objeto amado. No poseerlo por un acto generoso de nuestra voluntad, alta y purificada; he aquí la voluptuosidad por excelencia.

"¿Quién será aquel que haga deliberadamente de la mujer una estrella, que la coloque demasiado lejos de sus deseos, volviéndola así absolutamente adorable?

"¿Quién será? ¡Seré yo! ... Pero, al obrar de tal suerte, ¿no obro forzado por un deber? Yo no poseo más que a Alda, dado que Alda exista... Si poseyese a la "vecina" de Alda, es decir, a la mujer cuyo espíritu lleva ese extraño nombre, y con abnegada excelsitud la desdeñase para no acordarme más que de *otra*, de la incorpórea, de la *preternatural* que me ha sido dada, mi sacrificio sería digno de mí... "¡Ea, ensayaremos!"

Y el doctor pasó a su alcoba, no con el fin de *ensayar,* sino con el, de vestirse para hacer sus visitas.

ALDA LLEGA

"Mi querido Rafael: Supongo que Alda se habrá presentado ya y que estarás contento de mi obsequio. Debo advertirte que bastará un simple acto de tu voluntad para que esa *alma* abandone el cuerpo que anima y vaya a tu lado. Sus facultades adivinativas, maravillosamente desarrolladas, pueden serte de inmensa utilidad en tu profesión. Solo una cosa te recomiendo: *que no tengas demasiado a Alda fuera de* su cuerpo. Podría ser peligroso. En
cuanto a que no procurarás ponerte en contacto con ese cuerpo que anima, seguro estoy de ello, Creer lo contrario sería ofenderte.

"Yo te he regalado un alma, solo un alma y me parece que ya es bastante.

"Mañana salgo para Italia, y esta será, por tanto, mi despedida. Volveré dentro de tres o cuatro años. Adiós. Sé que no te dejo solo, pues que te quedas con *ella.*

"Tuyo,

Andrés Esteves"

Apenas el doctor hubo leído esta carta cuando, encerrándose a *piedra y cal* en su consultorio, llamó a Alda.

Un instante después, sintió que Alda estaba a su lado.

El diálogo que siguió fue del todo mental.

Alda saludó al doctor.

-¿Cómo has hecho para venir?-dijo este.

-He caído en sueño hipnótico.

-¿Y qué explicación darás de él a los tuyos cuando despiertes?

-Vivo sola, sola absolutamente, la mayor parte del día.

-¿En dónde?

-En la celda de mi convento.

-Pues qué, ¿hay aún conventos en México?

-Muchos.

-¿Y cómo se adueñó de ti Andrés?

-Andrés posee facultades maravillosas de que no debo hablar.

-¿Eres la única alma poseída por él?

-Posee muchas.

-¿Y qué hace de ellas?

-Las emplea para ciertas investigaciones.

-¿De qué orden?

-De orden físico y metafísico. Algunas, obedeciendo a su voluntad, viajan por los espacios. Sé de cierta hermana mía que debe de estar ahora en uno de los soles de la vía láctea; otra recorre en la actualidad los anillos de Saturno.

-Y tú ¿has viajado?

-¡Mucho, mucho! He recorrido seiscientos planetas y dos mil, soles.

-¿Y qué objeto se propone Andrés al imponeros esos viajes?

-Perfeccionarnos y perfeccionarse, adquiriendo una amplia noción del Universo.

-Di, Alda -y la voz del incrédulo doctor temblaba-, ¿has visto a Dios?

El alma se estremeció dolorosamente.

-Todavía no. Me he contentado con presentirle. Pero dejemos estas cosas; ¿podrías utilizarme en algo?

-Tú misma debes sugerirme en qué.

-Es muy fácil, y Andrés ya te lo sugiere en su carta. Estando yo a tu lado, no habrá dolencia que no diagnostiques con acierto, que no cures con habilidad, menos aquellas que fatalmente estén destinadas a matar.

-¿Tanto sabes, Alda? ...

-Durante mi sueño hipnótico, sí. En estado de vigilia soy una mujer ignorante.

-¿Hermosa o fea?

-No lo sé, porque jamás me he visto en un espejo y nadie me lo ha dicho.

-Pero... en la hipnosis te sería fácil saberlo.

-No quiero saberlo tampoco.

"Convengamos -pensó el doctor- en que esta Alda es Maravillosa. Una mujer que no se ha visto jamás en un espejo..."

Y añadió dirigiéndose a ella:

--Alda, los servicios que me ofreces son inapreciables. Merced a ellos podré hacer me célebre, y millonario en poco tiempo...

Pero hay una, dicha que yo ansío más que la celebridad y los millones---. Necesito un cariño: un cariño que hace quince años busco en vano por el mundo --la voz del doctor se conmovía sinceramente-. ¿Podrías amarme, Alda?

Algo como la sombra de un suspiro pasó por los oídos del doctor.

Hubo un instante de silencio.

Después, Alda respondió:

-¡Es imposible!

-¿Imposible?

- ¡Imposible!

-¿por qué?

-Porque el amor radica en la voluntad y yo no tengo voluntad propia.

-Pero ¿si yo te ordeno que me ames?...

-¡Será en vano! Será lo único que no debas ordenarme... Durante mi estado hipnótico dependo de ti más que el azor de la mano de la castellana, y, por lo tanto, mi voluntad es nula. Durante ni vigilia soy otra, otra que solo pertenece a Cristo...

-Pero ¿Cristo te permite subordinarte a mi voluntad?

-Sin duda..., en sus designios inescrutables.

-¡Oh, ámame!

-¡Imposible!

El doctor sintió que empezaba a flotar en su espíritu una nube de angustia... ¡infinita, infinita, infinita! -

-¡Alda! -añadió con voz profundamente triste-. ¡Alda! ¡Si tú me amaras, tu nombre sería tan dulce para mí como un elogio en la boca de un maestro;

como un vocablo del patrio idioma escuchado en suelo extranjero!... Mas presiento que voy a adorarte locamente y que mi adoración será mi locura.

-¡Quién sabe!... -murmuró Alda-.
¡Quién sabe!

LOS PERIODICOS, ETC.

Recorte de un periódico de gran circulación, del año de 1886, año en el cual no había aún entre nosotros periódicos de gran circulación:

"No se habla en la ciudad más que de las maravillosas curaciones realizadas por el doctor Rafael Antiga, una de nuestras eminencias médicas. Sus diagnósticos son de una admirable lucidez y sus fallos inapelables.

"El doctor rehusa encargarse de la curación de aquellos a quienes pronostica la muerte; mas, no mediando tal pronóstico , el enfermo que pasa por sus manos sana *sin excepción.*

"El consultorio del doctor, calle de Medinas, número..., vasto como es, apenas alcanza a dar cabida al sinnúmero de enfermos de todas las clases
sociales que lo invaden.

"Hay quien afirma que nuestro galeno echa mano ido agentes hipnóticos, hasta hoy desconocidos, para sus curaciones. Sea como fuere, sus pronósticos son inexplicables por su infalibilidad.

"El doctor Antiaga se hará millonario en breve tiempo, recorriendo el mundo para hacer curaciones en casos desesperados.

"Sabemos que pronto saldrá para Europa."

-Alda, para los espíritus no hay distancias. ¿Podrías acudir a mí, si te llamase desde París?
-Si me llamases desde Sirio, acudiría con la misma rapidez...
-Alda, tú eres mi Dios, tú eres mi todo.... ¡ámame!
- !Imposible!
-Te adoro ...
-¡Imposible!
-Padezco mucho...
-¡Imposible!

Traducción de un *entrefilet* aparecido en marzo de 1887 en *Le Journal,* de París:

"Hace una semana que llegó a la metrópoli, alojándose en el *Gran Hotel,* el facultativo mexicano M. Rafael *Antique* (error de caja en el apellido Antiga), el cual se ha hecho notar por sus diagnósticos precisos, infalibles, y por lo acertado de sus procedimientos terapéuticos. El jueves último, en una sesión efectuada en la Salpetriére, a la cual concurrieron varias eminencias médicas, diagnosticó más de veinte casos raros, que le fueron presentados al efecto, y prescribió tratamientos cuyos resultados han sido pasmosos por su rapidez.

"El doctor *Antique* (Antiga) es un hombre de treinta años, alto, ligeramente moreno; lleva la barba *a lo Príncipe de Gales;* viste con suma elegancia, *no obstante ser americano,* y no trae los dedos cuajados de sortijas. Antes de diagnosticar un caso se abstrae profundamente, como si dentro de sí mismo consultase a *alguien, y por* sus hermosos ojos negros pasan infinitas vaguedades. Parece un fakir en éxtasis. Hay quien dice que es un judío poseedor de los secretos de Salomón, por supuesto que no es médico el que esto afirma... *cela va sans dire."*

El *entrefilet* continúa en tono de *blague:*

"Doctor Antiga's Wonders.
---Título de un *entrefilet* del *Times* de Londres, en el cual se loa hasta la hipérbole (no reñida con la flema característica de John Bull) al *famous Mexican doctor* , por sus curaciones *Truly Wanderful..."*

Y basta de prensa.
Así los periódicos que ven la luz rojiza del sol boreal de seis meses -un sol enorme, que parece dar su mamila de fuego a la luna---como los que salen a la luz llameante del trópico; lo mismo los espirituales diarios latinos, que en cuatro páginas dicen cuanto hay que decir y *algo más,* que los *protocolos* americanos, que en diez y seis páginas suelen no decir nada, se ocuparon durante los años de 1886 a 1890 del facultativo mexicano, honra de este país inédito, en particular y de la América latina -tierra clásica de " pronunciamientos---, en general.
En 1890, el lector, si le place, tomará a encontrar al doctor en las circunstancías que en seguida se expresan.

SOR TERESA

Rafael acababa de tratar un complicado caso de historia en una gran dama de la corte: moscovita, de apellido *erizado de* efes, y, recluido en el gabinete de su villa y --gran villa y gran gabinete--, a la luz de cuatro focos incandescentes que caricaturizaban al día y burlaban a la noche en la vasta estancia tapizada de seda verde nilo y amueblada suntuosamente, conversaba con Alda.
No hay hombre que no se familiarice con el prodigio, lo mismo Moisés que un sacristán de pueblo; y el doctor asistía ya sin pasmo, sin asombro, sin miedo a la epifanía frecuente de aquella alma que de un hemisferio acudía al otro, al simple llamado mental de su dueño.
Se empieza por retroceder ante el abismo y se acaba por *tutear al abismo.* A fuerza de cabalgar en Al Borak se pierde el miedo a Al Borak.
Rafael podía decir con verdad: "El prodigio y yo somos amigos íntimos".
Cuatro años de triunfo, cuatro años de exhibición, de teatralismo médico -el énfasis y el teatralismo son indispensables en el mundo, aun a los verdaderos sabios- habían hecho de él una celebridad universal.
Enloquecido y embriagado por los honores; deslumbrado por el halo de prestigio que coruscaba en su cabeza; seducido por las rojas bocas que dondequiera le sonreían; por las acariciadoras pupilas que encendían toda la pirotecnia de sus miradas para deslumbrarle; por los hombros blancos y las manos blancas, azulantes de sangre patricia, ¡cuán poco pensaba el hermoso galeno en que allá, muy lejos, en la vieja ciudad de los reyes mexicas, en la celda desmantelada de un convento colonia, una mujer joven y... acaso bella, por su causa dormía, luengas horas un sueño misterioso que en el convento se llama éxtasis, y, traía intrigados, a la comunidad, a la superiora, al capellán, al arzobispo y a media docena de *damas distinguidas de México,* que habían tomado bajo su protección a las *ovejitas de Dios,* poniendo entre ellas y las leyes de
Reforma un misericordioso vallar de silencio y de disimulo.

La monja, que en religión se llamaba sor Teresa y en el siglo no tenía nombre, había aparecido un día en el locutorio de la casa con una recomendación para la priora, suscrita por un "padre" de moda, y un bulto con humildes prendas de ropa bajo el brazo.

¿De dónde venía? No supo decirlo. Era casi idiota. Difícilmente enhebraba dos palabras; pero sus inmensos ojos obscuros hablaban por ella con miradas de una dulzura y de una extrañeza infinita. Aquellas miradas no eran de este mundo: *venían de una patria lejana.*

Las religiosas la amaron y procuraron instruirla en las cosas de Dios; pero aprendió poco de *esa cosas*; *estaba ida.*

Clasificáronla con el brevete monástico de un *sor* seguido de un nombre: el de la fundadora de la orden, la maravillosa iluminada de Avila-- docta y alta mujer que floreció en un docto y alto siglo-- y dejaron que corriera en paz por el monótono cauce de la Regla y de las liturgias aquella vida que no era vida. Mas si sor Teresa no sabía hablar, sí sabía estar en éxtasis. Sus deliquios, al principio raros, hiciéronse, frecuentes y llegaron a ser comunes desde el día en que Esteves donó al doctor el alma de la Joven.

Las monjas estaban edificadas, Un viejo fraile que vegetaba en la sacristía de Santo Domingo, amortajado en su hábito de golondrina, fue consultado por la superiora; gran teólogo y experimentado

en los secretos de la mística, era, y aseguró, tras laboriosa observación y técnico examen, que los éxtasis de aquella religiosa eran de carácter bueno y no diabólico: Dios los permitía para glorificación de su sierva y provecho de la comunidad, y la comunidad debía holgarse de que Dios fuese glorificado en sor Teresa, y sor Teresa glorificada en El y por El.

La priora, oída esta definición *ex cathedra,* murmuró un jesuítico *ad majorem Dei gloriam;* la comunidad respondió *amén, y la* religiosa continuó durmiendo su sueño en el sitial de roble y de vaqueta de su celda.... pero adelgazando.... adelgazando; palideciendo..., palideciendo, en tanto que el doctor se coronaba de gloria y que el poeta Andrés Esteves recorría la tierra, seguido del cortejo de espíritus encadenados a su poder, como Orestes con su perenne séquito de Euménides.

Pero aquella noche el doctor estaba triste. Hallábase en uno de esos momentos de lucidez en que César se acuerda de que es mortal y en que Salomón, vestido de pompa, murmura: "Todo es vanidad."

Ahora bien: cuando el doctor se acordaba de que *todo es vanidad,* sentía la nostalgia de los *afectos.* Se reputaba aislado en medio del infinito. Se sentía huérfano y abandonado a las sopas de sesos de doña Corpus, que le seguía por dondequiera con una legión de pinches de cocina a su servicio, cada día más contenta, porque cada día se acercaba el fin del mundo y el subsecuente Juicio Final.

Aquella noche, Alda había murmurado ya tres veces al oído de Rafael -decimos al *oído* para mayor claridad-: "Ya es tarde: es preciso que torne a mi celda."

Pero el doctor le había respondido:

-No, aguarda aún, aguarda.

Y Alda aguardaba.

-Dime- insinuó el doctor-, ¿no hay medio alguno de que me ames?

-No hay medio alguno.

-Pero... ¡ten piedad de mí! Me estoy volviendo loco. ¡Es horrible esta sujeción tuya, esta implacable sujeción tuya, sin *una gota* de amor! -para Rafael, el amor, como los venenos medicinales, solía ser asunto de gotas.

-No puedo amarte... ¡bien lo sabes!

-Y, sin embargo, es necesario que me ames: ¿lo oyes?, ¡es necesario!

-Es necesario e imposible, en este caso.

-Alda- y el doctor agitaba sus brazos en el vacío como si quisiera asir a aquel espíritu rebelde al amor y dócil al mandato, que estaba siempre a su lado sin voluntad... y sin cariño-. Alda, pactemos esta noche... Yo renunciaré, a mis riquezas y a mi fama. Daré las primeras a los pobres y confinaré la segunda en el refugio más distante y más discreto de la tierra. Dejaré mis sueños como se deja un harapo azul que ya no sirve. Haré lo que tú quieras... Renunciaré aun a ver jamás el cuerpo que te sirve de cárcel... Pero tú, en cambio, serás mía, vendrás a mí como la esposa acude al reclamo del esposo; te amaré cuando estés conmigo, en alta contemplación y en impecable ensueño; te buscaré cuando estés lejos, con la angustiosa perplejidad del personaje de Hoffmann, que había perdido su sombra. Vendrás a mí cuando tú quieras, y mi alma te dirá siempre: *¡bien venida'*... ¿Quieres? ¡Ah! ¡Quiérelo por el amor de Dios! ¡Quiérelo en nombre del destino enigmático que nos ha unido¡... ¡Quiérelo y seré bueno!, ¡seré creyente!, ¡seré humilde! ... ¡Te amo!, ¡te amo!, ¡te amo!

Y transfigurado por la angustia, que es el Tabor de los espíritus, el doctor se había arrodillado sobre la gruesa moqueta de la estancia.

Alda *suspiró* una vez más, y una vez más murmuró:

-¡Imposible!

El doctor, entonces, merced a una transición muy explicable --el que esto escribe se la explica cuando menos--, se puso en pie, y con ademán y gesto de personaje de novela, dijo secamente a Alda:

-¡Vete!

Luego, roto, despedazado por la emoción -mala traducción de *brisé par l'émo*flon-, se dejó caer sobre un diván, exactamente como las mujeres que se desmayan.

Mas he aquí que tres minutos después *sintió* de nuevo la presencia de Alda, que *Por Primera vez* acudía sin ser llamada.

-¿A qué vienes? -preguntó Rafael.

-¡Sor Teresa ha muerto!

-¿Y quién es Sor Teresa?

-Sor Teresa soy yo...

-¡Ha muerto!

-Recuerda- que no debías retenerme mucho tiempo a tu lado y que hace veinticuatro horas que no te abandono...

-Pero... ¡esto no debe ser! torna a ese cuerpo y anímalo.

-¡No puedo! Mi cuerpo ha sido sepultado ...

-¡Sepultado!-clamó el doctor en el colmo de la estupefacción.

-¡Sepultado!... y está desorganizándose ya.

-¿Y ahora?...-gimió Rafael.

-¡Y ahora!...-gimió Alda.

Y *ahora*, el autor da remate al capítulo *séptimo* de esta cosa que va formando un libraco cualquiera.

¿Y AHORA ...?

Alda y el doctor se encontraban en una situación análoga a la de dos niños que han roto un plato.

-¿Y ahora? -tornó a preguntar el segundo.

-¿Y ahora? -tornó a exclamar la primera.

La angustia y la perplejidad de aquel hombre y de aquella *media-mujer,* crecía Como el horror con la sombra.

Si doña Corpus se hubiera encontrado presente en tan inefable pena, habría murmurado:

- ¡Valía más que se acabara el mundo!

Pero doña Corpus mascullaba Padrenuestros en su habitación, pidiéndole a Dios que la conservase en su gracia santificante en medio de las tierras de herejes Por donde el doctor la traía al garete como a una pobre barca desarbolada

-Es preciso que yo encarne en alguien -dijo por fin Alda- o que me marche resueltamente a la eternidad.

-Pero ¿en qué cuerpo voy yo a encarnarte ahora, mujer?

-En cualquiera, es preciso; ¿te imaginas que he de permanecer flotando en el vacío hasta que te plazca? Además

mi hora no ha llegado. Dios no me llama todavía. He muerto por un accidente imprevisto... No hay puesto para mí en el infinito.

-Pero yo no tengo manera de fabricarte un cuerpo..., y en cuantos a los fabricados por la naturaleza, todos tienen alma.

-¡No lo creas! Busca una mujer hermosa, vana e idólatra de sí misma, y de seguro podré encarnar en, ella.

-¡Magnífica idea! Mas ¿dónde hallarla?

-¡Eso abunda! ¡Vamos, búscala, luego, inmediatamente! ¡Tengo frío, el frío de ultratumba, el frío *de un gusano sobre un muerto!* ¡Ten piedad de mí! ¿No dices que me amas? Ahora yo también puedo amarte, como nadie te ha amado... Sor Teresa ya no existe. Soy dueña de mi voluntad, y por tanto, de mis cariños. Te adoraré con la adoración que has soñado en tus años de soledad y de vacío moral... ¡Vamos, en nombre de ese amor

de que estabas sediento, dame un cuerpo, que animar, o habré de abante para siempre! ...

El doctor se rascaba la cabeza ni más ni menos que todos los hombres que se encuentran en trances tan apretados como el suyo ...

En aquellos momentos, el gran péndulo de la pieza cantó las dos de la mañana con inflexiones robustas y solemnes.

-¡Las dos!... -murmuró Rafael-. Pero tú comprendes que a esta hora y con el frío que hace -invierno de Rusia-, ¡es imposible que encuentre *una mujer hermosa, vana e idólatra de sí misma*! Todas duermen...

-Y sin embargo, es preciso que la encuentres... "luego, luego", ¿lo oyes? Siento que se aproxima una gran sombra y que intenta envolverme en sus pliegues... ¡Ten lástima de mí! ... ¡Ah!

-¡Alda!

-¡Rafael! ¡Rafael!

- ¡Alda!

- ¡Es imposible!
-¡Es indispensable!

El viento se enredaba en los abetos lejanos, sollozando un *lied* del Norte.

Dormía todo, envuelto en un silencio blanco...

De pronto:

-Oye, Rafael -sollozó Alda-, no hay tiempo que perder. La gran sombra se aproxima. Solo un recurso me queda, y voy a echar mano de él.

-¿Y ese recurso?

-No te lo diré. Mas es preciso que duermas.

- ¡Que duerma!

-Que duermas... Es el solo medio de salvarme.

-¡Explícate!

-¡No debo! ¡Si me amas, duerme!

-¿Estás segura de que así te salvo?

-Plenamente segura.

-Pero...

-¡No repliques, por Dios! ¡Duerme! ¡Duerme!

El doctor fue a buscar un pomo de narcótico, puso algunas gotas en un vaso mediado de agua y bebió el contenido.

Momentos después se recostaba en el sofá y caía en un profundo letargo.

Lo que pasó entonces es breve y obvio de decir.

Alda, con una sutileza del todo espiritual, encarnó en el hemisferio izquierdo del cerebro del doctor, dejando confinado el espíritu de este en el hemisferio derecho.

Y cuando Rafael despertó, ya entrado el día, merced a un caso único desde que el mundo es mundo tenía dos almas...

YO Y YO

Desde el conde Xavier de Maistre hasta Lindau, y antes y después de ellos, muchos filósofos han hablado de ese *alter ego* que forma con nuestro yo una dualidad extraña, que pugna con él a las vegadas y a las vegadas a él se une en maridaje íntimo; que ama con más frecuencia el debate que la armonía, y que parece usufructuar alternativamente con la individualidad primitiva, las células del cerebro.

Todos sentimos en nuestra conciencia a esos dos *personajes* que se llaman yo y el *otro.*

Todos escuchamos sus diálogos, sus controversias, sus querellas. Suelen besarse con efusión y suelen también, como los matrimonios mal avenidos y mal educados, *tirarse con los platos.*

Pero de fijo ningún hombre ha sentido jamás con tanta precisión y de un modo tan abrumador la presencia de esos dos *principios pensantes* como el doctor al levantarse.

¡En su cerebro había algo de inverosímil! Había dos *entendimientos* y dos *voluntades* al propio tiempo.

Recordando la escena de la noche anterior e inquieto por su desenlace, el *hemisferio derecho* de Rafael pensó:

-¿Y Alda?, ¿qué ha sido de Alda?

Y el *hemisferio izquierdo* respondió.

-Aquí estoy.

El hemisferio derecho se sobrecogió entonces de espanto, comprendiendo lo que había pasado... ¡Estaba perdido, perdido para siempre!

-¡Qué va a ser de mí! -dijo.

-Lo que Dios quiera -replicó el hemisferio izquierdo-. Por lo pronto, yo me siento feliz *bien hallada.*

-Bienhallado, debieras decir -afirmó con retintín el hemisferio derecho.

- ¡Y por qué!

-¡Porque pertenezco al género masculino!

-¡No, por cierto: pertenecerás a medias!

-¡Soy hombre!

-¡Soy mujer!

-Pero entonces -dijo con infinita desolación el hemisferio derecho-: ¡qué va a ser de nosotros!, ¡este es un caso de hermafroditismo intelectual!

-Mejor que mejor... Mira, todos los dioses antiguos- y esto lo acabo de saber merced a los conocimientos que nues*tro cerebro* posee sobre el particular -han comprendido el principio masculino y el femenino. Por su parte, los poetas, que son los seres más semejantes a los dioses, tienen en sí ambos principios. La virilidad y la delicadeza se alternan y se hermanan en su espíritu. ¿Por qué aman las mujeres a los poetas? Porque reconocen en los poetas *algo de ellas*... ¿De qué te lamentas, pues? Eras sabio, eras joven, eras bello, eras célebre y rico: hoy eres algo más: eres casi un dios...

El doctor -o mejor dicho, su hemisferio derecho- se sintió halagado y no replicó.

Hubo una pausa en el departimiento.

-Pero -insinuó después Rafael-, yo te amo y...

-¡Y qué!

-Al amarte va a ser inevitable que yo me ame a mí mismo.

-Cierto: mas ¿te disgusta, por ventura, esta forma de amor?

-Me parece rara simplemente.

-No lo creas... El hombre en realidad, al amar a una mujer, no ama en ella más que lo que él le da de ilusión, de belleza... Los iris de la colora, la

túnica de jacinto de que la viste, el segmento de luna de que la corona... Se ama, pues, a sí mismo, amándola a ella, y deja de amarla cuando la ha desnudado de aquel atavío con que la embelleció primero... En cuanto a la mujer, esa *se enamorara del amor que inspira,* esto es: de sí misma también. Con que ¿dónde está la extrañeza?...

-¡Bien discurres, Alda!

-Discurro con tu cerebro, Rafael. Ahora ya no sé más que lo que tú sabes.... Puesto que ya no floto en el infinito... .

-¿Y me amas?

-Te adoro...

-¡Dame un beso! -Tómalo.

Y el doctor se *dió* un beso... mental. (¿Cómo besarse de otra manera? ¡Sólo las mujeres saben besarse a sí mismas en los labios, a través del mar tranquilo del espejo!)

DIGRESIONES

Si Napoleón no hubiese vacilado una hora en Waterloo, no habría sido vencido.

Un solo instante de vacilación en los Momentos solemnes de la vida tiene resonancias formidables.

El doctor vaciló ese instante, cuando Alda le conjuraba a que buscase un cuerpo en que encarnarla, y las consecuencias fueron fatales.

Hay que decirlo, aun cuando el lector pierda la *ilusión* por el héroe: Rafael Antiga era un filósofo, lo peor que se puede ser en este mundo.

La naturaleza, que bien pudo darle una verruga o un lobanillo, tuvo a bien dotarle de una bien calibrada cavidad craneana, repleta de sesos de calidad, y ahí estuvo el mal.

De otra suerte, el doctor habría poseído una noción exacta de la existencia; habría sido un hombre práctico; habría esquivado las relaciones
con Andrés --el desequilibrado más genial que se haya visto en México-- y Alda no estaría donde estaba, ocupándole sin pagar renta, la mitad del cerebro.

Pero Dios ordenó las cosas de distinto modo, y Rafael, que pudo ser un hombre de provecho para la humanidad, abarrotero, *calicot*, prestamista, licenciado, empleado, *clubman* o algo por el estilo, desde muy temprano se engolfó en los libros, se vistió de teorías, viajó por *Uto*pía, y cuando estaba al borde del abismo, Andrés le hundió en él, como Miguel a Satán.

Andrés y Rafael fueron condiscípulos. Como eran los únicos cerebros *destorren*tados en la escuela, se comprendieron luego.

Andrés era pobre y Rafael era rico.

Andrés era poeta y Rafael era filósofo.

Andrés era rubio y Rafael era moreno.

¿Sorprenderá a alguien que se hayan amado?

Sin Rafael, Andrés se hubiera quedado por algún tiempo en la sombra; pero Rafael le hizo surgir a la luz. Le editó un libro que se intitulaba *El poema eterno, y* el cual fue traducido al francés, al inglés y al alemán, y se vendió en todas partes y en todas partes fue conocido, menos en México, donde sirvió de hipódromo a las moscas en los escaparates de Bouret, de Budin y de Buxó, las tres *bes* de donde, como de tres pares de argollas, se ase la pobre esperanza de lucro de nuestros autores.

No contento con esto, Rafael editó un segundo libro de Andrés: *El reino interior*, novela simbolista que Beston publicó -*according to the Spanish edition*- estereotipada y en tomos muy feos, pero que circularon por todo el orbe.

Pronto Andrés escribió en español como escribe Armando Palacio Valdés: para dar pretexto a que lo tradujeran al, inglés y al francés.

Los yanquis le pagaban a peso de oro -*American gold*- sus cuentos, sus novelas, sus artículos, y fue célebre sin que México, que estaba muy ocupado en las obras del Desagüe, se diese cuenta de ello.

Dice Bourget, tomándolo de no sé dónde, que por raro que sea un amor verdadero, es más rara aún una verdadera amistad.

La de Rafael y Andrés constituía una de estas rarezas.

Andrés vivía dedicado a la literatura y al ocultismo- había nacido para el ocultismo como Huysmans, como Jules Bois.... ¿como Peladan? ¡No, como Peladan, no!- y diz que obtenía resultados maravillosos. En algo se había de distraer el pobre en esta gran casa de vecindad que se llama México.

Rafael vivía dedicado a la *filosofía de la Medicina (?),* a esperar un alma de mujer que no venía nunca -¡hasta que vino!- y a escribir en su diario períodos humorístico-pesimistas, salpicados de la consabida frase, parodia de la de Ricardo III en la derrota de Bosworth: *Mi Kingdom for a... soul* (Mi reino por un... alma).

¿No habían de comprenderse los dos?

Claro que sí.

Y se comprendieron.

Mas, como *quien bien te quiere te hará llorar,* Andrés iba a hacer llorar a Rafael -o mejor dicho, al hemisferio derecho del cerebro de Rafael- lágrimas de sangre, como verá quien siga leyendo.

Hay regalos que no se hacen impunemente. No se puede jugar con el rayo; no se puede bromear con el milagro...

Alda era un tremendo obsequio -Aquella *a quien jamás debe uno encontrar*-, Más tremendo que el fin del mundo, imaginado por doña Corpus...

Y basta de digresión.

LUNA DE MIEL

No hay manera de expresar el contentamiento y deleite de los dos hemisferios del cerebro del doctor.

¡Se amaban! ¡Y de qué suerte! ¡Cómo a nadie que no sea Dios le ha sido dado amarse en toda la extensión de los tiempos y en toda la infinidad del
Universo mundo!

¡El doctor era, en efecto, como un dios! ¡Se amaba de amor a sí mismo! Con la placidez nipona con que Budha contempla su abdomen rotundo, así el doctor se contemplaba, a pesar de no ser nipón.

Todo el Universo estaba dentro de él, estaba en su cerebro. Su cerebro era un huerto cerrado, donde Adán y Eva --Rafael y Alda-- se besaban continuamente (perdonando ustedes este antropomorfismo y otros en que ha incurrido y habrá de incurrir el autor).

¿Quién no es dichoso a raíz de matrimoniado?

¡Ah! ¡Los poetas no soñaron jamás una fusión más íntima de dos seres!

¡Ser un mismo cuerpo con dos almas! ¡Tener en sí a la amada, en sí poseerla! ¡Acariciarla, acariciándose! ... ¡Sonreírla, sonriéndose! ... ¡Glorificarla, glorificándose! ...

Cierto, algunas veces, tales y cuales miserias fisiológicas ruborizaban al doctor por ministerio de su semicerebro.

-¡Qué pensará Alda de mí en estos momentos!--se decía.

Mas reflexionaba, para su consuelo, que Alda también, en su primer vida mortal, habíase visto sujeta a tales miserias, triste patrimonio de la mezquindad humana que aun ahora tomaba parte en ellas, y así el rubor se paliaba un poquillo.

Naturalmente, donde empezó el amante correspondido acabó el augur profesional. El doctor envió a paseo a las altezas serenísimas de apellidos *erizados de efes;* a las Teodorownas, Alejandrownas y demás *ownas* eslavas; anunció oficialmente que no curaba más -¿y cómo hubiera podido curar si se había *comido* al oráculo? Alda, en su cerebro, ya no poseería, en ade-

lante, más conocimientos que los en ese cerebro almacenados-. Y continuó su vida en las cuatro paredes de su estudio, mientras que la primavera traía para su idilio más hermosos escenarios.

La primer semana de aquel extraño connubio se pasó en conjugar el verbo amar, y, no solo mentalmente, sino que
también con los labios.

Para esto, Alda y Rafael se alternaban en el uso de su boca.

¡Te amo! -decía esta movida por la mitad del cerebro que correspondía al doctor.

-¡Te adoro! -respondía la misma por orden y virtud del hemisferio izquierdo.

Y así, *ambos* podían escuchar la inflexión acariciadora de sus propias frases.

Los primeros días era tal la vehemencia de sus protestas, juramentos y promesas, que solían uno y otro *arrebatarse la palabra,* es decir, arrebatarse el órgano vocal que la emitía; pero después (¡ah, por muy breve tiempo!) los diálogos fueron más perfectos, más reposados, ganando en unción lo que perdían en ímpetu.

Cuando Alda hablaba, sabía extraer de aquella garganta viril inflexiones musicales en que se revelaba la mujer; y era un encanto *oírse* entonces; sobre todo, porque las locuciones de que ella echaba mano eran aquellas de que el doctor hubiese echado mano en su caso; las que él puso en sueños tantas veces en los labios de una mujer adorada.

El español surgía flúido y acariciador, con todas las melodías de los diminutivos mexicanos, con toda la expresión de los superlativos, con toda la opulencia de los verbos; y si resistimos a copiar uno de esos eróticos parlamentos, uno de esos tiernos paliques, es porque siempre hemos creído que los diálogos pasionales no deben escribirse sino con notas en el pentagrama, para que los digan los violines y las violas, las flautas y los oboes divinos, las maderas y los latones, en medio de la sinf6nica pompa de los grandes motivos orquestales. ¡Lo demás es un escarnio y una profanación!

Hay un proloquio, ruso que dice -lo citaremos, ya que el doctor en Rusia vive- "Llevar un gato en el corazón." ¿No has llevado alguna vez *un gato* en el corazón, lector pío y discreto? ¿Algo que te araña sin piedad, día y noche, todas las fibras delicadas de la más noble de las entrañas?

Pues haz de cuenta que el doctor -las dos personas que había en el doctor- llevaba en su corazón lo contrario de un gato.

-¿Un ratón?

-¡Ah, no! Algo muy hermoso... ¡Vamos; llevaba un ave del Paraíso, que podrá no ser lo contrario de un gato, pero que es un ave casi divina!

Lo único que lamentaba Rafael era que Alda no recordase nada de su vida terrestre, de su oscura y misteriosa adolescencia y de su retiro conventual, durante el cual pasó como un ensueño por la penumbra de sueño de los claustros. Tal fenómeno, muy explicable atendiendo a que la fantasía no es potencia del alma sino una facultad material que se queda en la tumba, impedía ciertas reminiscencias que hubieran dado una nota de tenue y simpática tristeza a aquel idilio *subjetivo.* Alda no podía recordar sino con la memoria del doctor; mas esto, que excluía el matiz melancólico de las reminiscencias de sor Teresa, excluía también los celos retrospectivos, que son los peores celos que pueden darse, ¡y váyase lo uno por lo otro!

DIVAGACIONES
INTERPLANETARIAS

Pero si no recordaba ni su juventud, ni su adolescencia en la tierra, sí podía discurrir acerca de sus frecuentes y largos viajes por el cielo, y oírla hablar de estas cosas era imponderable embeleso e indecible solaz.

Refería su viaje a los mundos de nuestro sistema solar:

A Marte, donde la atmósfera es sutil y purísima, donde la leve densidad permite a los seres que lo habitan el divino privilegio del vuelo; donde la vegetación es roja y los mares de un lila prodigioso; donde existen maravillosas obras de canalización para comunicar los océanos y llevar el agua, proveniente del deshielo de los polos, por todo el haz del planeta; donde la humanidad, más hermosa y perfecta que la nuestra, ha resuelto ya todos los problemas sociales y religiosos que aquí nos preocupan, y adora a Dios en *espíritu y en verdad.*

A Júpiter, donde la naturaleza apenas pasa por sus primeras crisis geológicas; donde los mares turbulentos, de que más tarde ha de surgir la vida, cuajan archipiélagos de algas que a poco desaparecen, y se encrespan y se agitan, furiosos de no hallar, para lamerlos con caricia infinita, ni los cantiles de una roca ni las arenas de una playa.

A Venus, donde es todo verde, un verde que abarca inmensa gama de matices; donde el hombre surge apenas, velludo y atleta, y labra el sílex a la sombra de las grandes cavernas hospitalarias, y pelea sin descanso con los monstruos primordiales.

A Neptuno, donde la humanidad es aún más civilizada que en Marte; donde el hombre ama al hombre *como a sí mismo*, y Dios se manifiesta a sus criaturas por medio de signos de la más alta poesía y de la más sutil delicadeza.

A Saturno, donde el cuerpo, antes mortal, se ha simplificado y refinado hasta poderse contemplar, a través de sus carnes transparentes, el fuego lejano y tembloroso de las estrellas: donde las moradas son de aire sólido de un suave tono de turquesa; donde los poetas y sus amadas vagan a la luz de innumerables lunas y de varios halos concéntricos, hechos de flúidos multicolores, y que ostentan todos los tonos del iris; donde la luz ultravioleta es un agente acumulado en todas partes y encadenado al servicio de la civilización.

A Selene, donde la humanidad, después de alcanzar el máximun del perfeccionamiento a que estaba destinada, se extinguió lenta y dulcemente, afocando en vano sus inmensos telescopios hacia la Tierra para enviarle un saludo que la Tierra -estremecida aún por gigantescas convulsiones plutónicas y ayuna de vida animada-, no podía, ¡ay!, recibir...

Refería también sus excursiones maravillosas a través de los, soles, como a través de un joyero de indescriptibles piedras preciosas: A Andrómeda, donde una estrella rubia gira en rededor de una estrella de esmeralda, alrededor de la cual gira a su vez un, sol azul, un sol de ensueño; al Cisne, donde Albires muestra el milagro de dos soles, amarillo el uno, azul oscuro el otro; al Delfín, donde un sol color de topacio gira alrededor de un indefinible astro verde... A las estrellas de Hércules, hacia donde va nuestro sistema planetario---, en pos de un misterioso destino. A los soles blancos, que son la juventud del cosmos; a los soles amarillos, que son la madurez; a los soles rojos, que son la ancianidad...; a las nebulosas, que son la esperanza...

Ya verán por lo dicho, aun los menos poetas de nuestros lectores, que los departimientos de Alda y el doctor eran de aquellos que absorben, que subyugan, que arrebatan, sin dejar un instante para acordarse de las tristes miserias de la tierra.

San Pablo abordó el séptimo cielo y, según afirma, *ni el ojo vio ni el oído oyó*, ni es capaz la mente de aquilatar lo que en él se contiene para futura recompensa del justo.

Alda, más feliz que San Pablo, había recorrido seiscientos planetas de cuarenta sistemas..., había bañado su plumaje invisible en las luces cambiantes de Sirio y en los fulgores rojos de Aldebarán; había empolvado sus alas en el polvo de oro de la Vía Láctea; había enviado un beso a cada una de las constelaciones geométricas que ruedan en el éter, arrancándole vibraciones de una música formidable y augusta.

Porque en el Universo todo canta. Nada se desplaza sin producir una vibración en ese fluido imponderable que invade el espacio; ni el grano de arena que resbala del montículo levantado por la hormiga, ni el sol que boga por la eterna línea de su órbita parabólica.

"Los ciclos cantan la gloria de Jehovah", dice el Salmista.

Y esa gran sinfonía de los mundos, ese gigantesco orfeón del infinito, Alda lo había oído. Sentíase saturada aún de su armonía divina, y llenaba de ella el espíritu de Rafael...

Y Rafael enloquecía de ventura.

DESCENSUS AVERNI

Hasta la hora y punto en que el lector ha contemplado -tal vez con ojeriza y con envidia- el maravilloso idilio de Rafael, este podía decir respecto de Alda lo que en el libro de la *Sabiduría* (VII, II) se dice:

Venerunt autem mihi omnia *bona* pa*riter cum illa* (Todos los bienes me vinieron con ella).

Riquezas, esto ya era algo.

Fama, esto era algo más.

Amor, esto ya era mucho.

Fe..., ¡esto era todo!

En efecto, el doctor se volvía creyente. En un tiempo -¡qué médico no es un poco materialista! –se había complacido en decir y escribir como Ingersoll, el asendereado ateo yanqui, y en un estilo lleno de énfasis e indigesto de dogmatismo:

"El hombre es una máquina en la cual ponemos lo que llamamos alimento, y que produce lo que llamamos ideas. ¡Pensad en aquella maravillosa reacción química en virtud de la cual el pan fue trocado en la divina tragedia de Hamlet!" (*The Gods*, pág. 47.)

Mas ahora, Rafael creía en el alma individual, consciente, espiritual e inmortal -¿cómo no creer en ella?-, y solo pedía a Dios que aquel milagro que se había dignado operar en su cerebro no cesase hasta la muerte, y que el amor que glorificaba su vida, como la lámpara de Pritaneo, nunca jamás hubiese de extinguirse.

Empero no fue así:

Las lunas de miel, por más que sean tan excepcionales como las de *nuestro héroe* (clisé que todos los novelistas usan para designar al personaje principal de sus novelas), tienen su cuarto menguante y su conjunción.

La del doctor los tuvo, por tanto, y muy en breve.

Las diferencias entre Alda y él surgieron a propósito de una nadería, como surgen todas las diferencias en el seno del matrimonio, que, al decir de Cyron, procede del amor, como el vinagre del vino.

Alda, según Rafael, no le dejaba *meter baza.* Cuando reclamaba la boca, la única boca que ambos poseían, solía dar tan buena cuenta de ella, que tres horas después aún hacía uso de la palabra. Como tenía tanto que contar, el trabajo era que empezara ...

Cierto, sus conversaciones eran siempre cautivadoras, capaces de suspender de sus labios al auditorio más esquivo; pero, a la larga el, propio Mirabeau y el propio Gambetta fatigan. Por otra parte, el doctor era filósofo, y, como todos los filósofos, gustaba de ser oído, necesitaba *público,* y Alda era un *público* impaciente, que no aguardaba sino la más ligera pausa para convertirse en orador.

En un Parlamento habría sido inapreciable.

Al principio, Rafael, por galantería, le cedió la palabra cuantas veces quiso; mas después fue preciso llegar a un convenio, dividiéndose por mitad las horas en que podían hablar. Empero, Alda fue la primera en romper el convenio, y la *entente,* cordialísima hasta entonces entre ambos, se agrió sobremanera.

Por otra parte, Alda era absorbente y caprichosa en todo: ¡mujer al fin!

Cuando el hemisferio derecho quería dormir, el hemisferio izquierdo se empeñaba en leer. ¡Y qué lecturas! Novelas fantásticas como las de Hoffmann, de Poe y de Villiers; ¡nunca libros científicos!

No sé si he dicho que el doctor odiaba el piano. Pues bien: a Alda se le ocurrió estudiar el piano. Gustaba de envolverse en melodías como todas las almas femeninas verdaderamente superiores.

Pronto intervino hasta en los vicios de Rafael: odiaba el cigarrillo que, según lo que sabía -y esto lo sabía por el mismo cerebro en que *operaba*-, traía consigo la amnesia.

Ahora bien: Rafael amaba apasionadamente el cigarrillo.

Las golosinas la seducían, y el doctor odiaba las golosinas.

En resumen: aquellos espirituales *gemelos de Siam* acabaron por hacerse la vida insoportable.

Esto no impedía que, a las veces, recordasen sus primeras horas de amor, y como *en el fondo* tal amor ardía aún, se besasen con delirio.

Mas, tras el beso, venía el mordisco; es decir, el doctor se mordía los labios...

¡Aquello no podía continuar de tal suerte!

-Bien dije yo que un alma era el regalo del elefante -afirmaba el desdichado Rafael-. ¡Quién me puso vendas en el entendimiento para aceptar el obsequio, Dios mío! ¡Ah! ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Qué inmenso mal me has hecho... Yo vivía tranquilo con las sopas de seso de doña Corpus, y mis filosofías, y mis visitas... ¿Por qué se te ocurrió ser agradecido? ¡Así te lleven todos los diablos, poeta desequilibrado..., romanista, esteta, simbolista, ocultista, neomístico o lo que seas!...

Pero Andrés no podía oír aquellos reproches. Perdido en Padua, la ciudad más melancólica de Italia, entre viejos libros y almas amigas, el poeta pasaba sus días labrando rimas misteriosas que le inspiraban sus espíritus circunstantes.

¡Acaso ni se acordaba del amigo de la infancia, ni de la donación, origen primero de tantas embriagueces y a la postre de tantas desdichas!

¿Y doña Corpus?

¡Ah, la *apocalíptica* doña Corpus nunca como entonces deseando el Juicio Final!

¿Pues no se le había vuelto loco de remate ese *lurio* del doctor? ¡Cuando ni consultaba ya! Pasábase todo el día de Dios encerrado *bajo siete llaves* en el consultorio, hablando solo, gesticulando y midiendo la pieza a grandes zancadas. A veces su rostro parecía el de un ángel, según la expresión celeste que en él se advertía --doña Corpus advertía esta expresión celeste a través del agujero de la llave-. Pero, a veces, parecía rostro de demonio pisoteado por San Miguel.

¡Los masones de México tenían la culpa de todo! El doctor acabaría en San Hipólito.

Valía más que se acabara el mundo.

EL DIVORCIO SE IMPONE

Cierto: con un poco de dominio sobre sí mismos, Alda y Rafael habrían llegado a la paz matrimonial, a esa paz que viene por sus propios pasos algún día, cuando ambas *potencias beligerantes* se fatigan de la tragedia y optan por la salvadora monotonía de una unión sin amor, pero también sin crisis, viendo en adelante pasar la vida como la vaca mira pasar el tren.

Mas el doctor y Alda se amaban, a pesar de todo, y el amor no es acaso más que una encantadora forma del odio entre los sexos, de ese odio secular que nació con el hombre y que continuará *in aeternum*.

¡Oh, sí, los sexos se odian! El beso no es más que una variación de la mordida. El amor, en sus impulsos, tiene ferocidades inauditas. Los abrazos fervorosos de un amante sofocan... como los de un oso. ¿No habéis visto alguna vez a una madre joven besar a su hijo hasta hacerle llorar, besarle con furia, casi con ira, causarle daño? Pues lo propio haría con su amado, si tuviese vigor para ello.

Y hasta las locuciones peculiares del amor son feroces: entra por mucho en ellas el instinto de la antropofagía que la cultura no ha podido aniquilar en la humanidad: "Te comería a besos." "Se la comía con los ojos"..., se dice frecuentemente, como si la asimilación digestiva fuera la forma por excelencia de la ilusión entre los enamorados...

Así, pues, Alda, que, por alma que la supongamos, llevaba todavía en sí muchos de los instintos femeninos, y Rafael, que, aunque enfermo de la voluntad, era viril, se odiaban amándose y se amaban odiándose.

Los diálogos agresivos se multiplicaban, y aunque las reconciliaciones eran tanto más hermosas cuanto los disgustos eran más fuertes, estos iban dejando en ambos espíritus un sedimento de amargura, un resabio profundo de tristeza.

Fuerza era llegar a la conclusión deplorable a que llega la mayoría de los matrimonios modernos, cuando no están de por medio los hijos, y a veces aun cuando estos estén de por medio: ¡al divorcio!, enfermería legal de las incompatibilidades de carácter.

En la *conciencia* de Alda y del doctor estaba que era este el solo remedio de su cuita, y si Rafael no se atrevía a abordar la cuestión, Alda la abordó con la resolución que, en los casos difíciles, caracteriza a las mujeres:

-Es triste... -respondió el doctor.

-Triste, pero necesario.

-¿Y cómo realizarlo?

Ahí estaba el busilis: ¿cómo realizarlo?

Una noche, después de arduo debate a propósito de lecturas, en que el doctor veía con pasmo que Alda echaba mano de sus propios conocimientos para redargüirle sin misericordia, con movimiento súbito, aquel echó mano de un pequeño revólver que abría su obscura boca sobre el escritorio, puesto allí más en calidad de *bibelol* que de arma, y llevándoselo a la sien derecha exclamó:

-¡Este es el solo medio de divorciarnos!

Pero Alda respondió tranquilamente:

-¡Te engañas! Yo te seguiría por *toda* la -eternidad. Iríamos siempre unidos como Paolo y Francesca ...

-Entonces...

-Por otra parte, tú no tienes derecho de matarte.

-¡Cómo que no lo tengo!

-Es claro; yo poseo la mitad de tu cerebro y esa mitad no quiere morir.

-Pero ¿a qué título la posees?

-¡A título de conquista! ¿No es este el mejor título de posesión ahora? Pues pregúntalo a Inglaterra y a los Estados Unidos. Si pudieras suicidarte a medias, ya sería otra cosa.

-Es imposible.

-Provócate una hemiplejía.

- ¡Alda!

- ¡Mira, hay otro remedio: que yo encarne en una mujer! Mas para eso, necesitamos a un hombre: a Andrés. Es el único que podría operar el milagro.

El ánimo del doctor se había calmado, y repuso:

-Dices bien. Así, aún es posible que seamos felices, tú con tu cuerpo, yo con el mío, y que nos amemos sin nubes..., porque, después do todo, ¡yo te amo! Eres acaso la sola a quien puedo amar... *Semipersonalizada* en mí acabaría por odiarte a muerte; ¡encarnada en una forma femenina te adoraría con adoración infinita!

-Por mi parte, tornaría a pertenecerte como antes, estaría sujeta a tu mandato; sería de nuevo tu augur y viajaría de nuevo por el infinito; más todavía: como mi cuerpo formaría con mi espíritu una persona civil y no *canónica,* mi cuerpo te pertenecería lo mismo que mi alma.

-Busquemos, pues, al *Donador.*

-Busquémosle.

-¿Sabes su paradero?

-Antes de que yo encarnase en tu cerebro estaba en Padua.

-Partamos, entonces.

Y aquella noche doña Corpus recibió la orden de prevenir las maletas.

EL CAMINO

Nunca como a su salida de Rusia pido el doctor comprobar el grado de popularidad a que había llegado en Europa.

Todos los periódicos, *sin distinción de matices,* los mismos que a su llegada lo dijeron *Dobropojalowatl,* es decir, ¡bien venido! (la expresión más genuina de la hospitalidad eslava), al saber su partida con afectuosa efusión le desearon un *Schiasliwago pouti*!, esto es: ¡buen viaje!

El doctor se vio obligado a responder por medio de un diario: *Spassibo za wasche gosteprumt wo!* ("¡Gracias por vuestra hospitalidad!"), y aun añadir, ya en la estación, adonde muchos personajes y muchas damas de apellidos con la desinencia *owna,* agradecidos a su saber, le acompañaron: *Da zdrawstwouiete Rossia!* (¡Qué viva Rusia!)

(Suplicamos al lector que no intente pronunciar estas frases. Perderían mucho de su encantadora expresión.)

De Rusia a Italia no hubo novedad. Apenas llegado a Padua, Rafael corrió en busca de Andrés; pero Andrés había salido la antevíspera para Alejandría.

Sin piedad para los usados miembros de doña Corpus, el doctor salió para Alejandría; mas allí averiguó que Andrés había salido la víspera para el Cairo. Sin tardanza partió para el Cairo, llegó, y supo que Andrés había salido el mismo día para Tierra Santa.

Según se supo después, el poeta iba a buscar en Jerusalén al sumo sacerdote Josefo, descendiente de Melchisedec, para consultar con él algo relativo a Kabbala. Excusado es decir que el doctor salió para Tierra Santa, esta vez con gran contentamiento de doña Corpus, que se proponía pedir a Cristo, ante su propio sepulcro, la llegada de¡ Juicio Final.

En Jerusalén, por fin, el, poeta y el médico se encontraron.

Se encontraron en un convento de franciscanos, edificado en el huerto de los Olivos, donde el poeta había hallado fraternal hospitalidad.

- ¡Rafael!

-¡Andrés!

Andrés era *casi* el mismo. Poned en su rostro la expresión de fatiga de cuatro años más de ensueño y contemplaréis su *vera effigies.*

Después de la primera exclamación, el hemisferio derecho del cerebro del doctor -previo convenio con el izquierdodijo:

-¡Soy muy desgraciado!

-¡Lo sé todo! -le interrumpió Andrés.

-¡Lo sabes todo!..., ¿y cómo?

-Te olvidas de que Alda no es la sola alma que he poseído?...

-¡Donoso regalo me has hecho!

-¡Hum! ¡La culpa de todo es tuya, amigo mío!

- ¡Mía!

-Es claro. ¡Si no hubieras tenido a Alda durante veinticuatro horas en tu consultorio!

-Es cierto..., pero ¡he purgado bien esa culpa! ¡Si supieras!, ¡ah, si supieras!

-¡Te repito que lo sé todo!

-Bueno- y el doctor empezó a exaltarse-; ¡pues si lo sabes todo, debes saber también que estoy desesperado, que ya no puedo más, que es preciso
que me arranques del cerebro este *cuerpo extraño,* digo, esta alma intrusa, si no quieres que me mate!

Andrés sonrió con sonrisa enigmática.

-No seas impaciente---dijo.

-¡Impaciente! ... ¿Y te parece poco entonces lo que sufro? ¿Te parece una friolera esta existencia excepcional que llevo? ¿Te parece...?

Cálmate y escucha: yo en tu lugar no me quejaría de mi suerte. Has realizado el maridaje más perfecto. Posees a tu amada en ti mismo. Ninguno antes que tú ha disfrutado de este privilegio; ninguno disfrutará de él después... Lo excepcional de tu vida constituye la belleza de tu vida... No

obstante, ¿quieres que te desligue de Alda? Es posible que me sea dado hacerlo, mas no lo haré sin que reflexione un poco. Mi deber es en este caso el del juez que procura conciliar a los matrimonios mal avenidos antes de pronunciar un fallo de divorcio. Piénsalo bien, Rafael. El connubio que hay en tu cerebro es inapreciable, te convierte en un dios... ¿Aun así, insistes?

-Insisto.

-Bueno, ¿y qué pretendes que haga yo de Alda?

-Que la encarnes en una mujer, joven y hermosa. No me disgustaría una judía -añadió con cierta timidez el doctor.

¡No, lo hubiera dicho! Alda intervino contraviniendo a su pacto de silencio:

-No, eso nunca. ¡Me chocan las judías! Son de la raza que crucificó a Cristo.

-Es cierto-afirmó Andrés---, pero son muy hermosas: ¿dónde hallar, fuera de su tipo, esa línea ideal de la nariz, esos maravillosos ojos garzos dignos del madrigal de Gutierre de Cetina?

-¡Yo prefiero a una francesa! Recuerdo que fui de raza latina. ¡Oh, el *chic* de las francesas! ...

-¡Basta! -interrumpió Andrés con cierto tono autoritario-. No discutamos estéticas. Antes de proceder al avatar que se me pide, es preciso que os haga algunas observaciones de suma importancia. Oye tú, Alda; oye tú, Rafael.

MUSICA CELESTIAL

---Si ha de creerse a la antigua tradición de, los hebreos (o Kabbala) (1) -empezó Andrés---, existe una palabra sagrada que, da, al mortal que descubre la verdadera pronunciación de ella, la clave de todas las ciencias divinas y humanas.

(1) Hermetismo puro, *ad pedem litterae*.

"Tal palabra, que los israelitas no pronunciaban jamás y que el gran sacerdote decía una vez al año en medio de los gritos del pueblo profano, es la que se encuentra al fin de todas las iniciaciones, la que irradia en el centro del triángulo flamígero es, por último:

(EN EL TEXTO ORIGINAL APARECEN CARACTERES DEL ALFABAETO HEBREO)

vocablo que, como se ve, consta de cuatro letras hebraicas.

"Este nombre sirve en el *Sepher Bereschit o Génesis* de Moisés, para designar a la Divinidad, y su construcción gramatical es tal, que recuerda los atributos que los hombres se han complacido en dar a Dios.

"Cada letra del alfabeto hebreo representa un número; ahora bien:

iod = I = 10
hé = E = 5
vo = V = 6

"Palabra completa IEVE.

"Iod (I) representa, pues, 10; o lo que es lo mismo, el principio activo por excelencia. El Yo = 10.

"He (E) representa el principio pasivo por excelencia. El no Yo=5.

"La vo (V), el término medio, el lazo que une lo activo a lo pasivo. La relación del Ya con el *no Yo=6.*

"El Bracmán -siguió Andrés-, según expone un sabio orientalista, explica prolijamente las tres presencias de Dios, al paso que el nombre de Jehová las expresa en una sola palabra, que encierra los tres tiempos del verbo ser unidos mediante una combinación sublime: *havah,* fue ; *hovah,* siendo, o es; y je, que cuando está delante de las tres letras radicales de un verbo indica el futuro en hebreo: *será.*

-Me estás hablando en griego, Andrés.

-Te estoy hablando en hebreo, Rafael.

-No te entiendo, Andrés (juzgamos que el lector tampoco).

-Es muy fácil, Rafael; pero, en resumen, para que yo opere el prodigio, es necesario que pronuncie correctamente la sagrada palabra que te he citado. Merced a ella encadené el alma de sor Teresa, una pobre niña a quien conocí pidiendo limosna en las calles de México, y que, por ministerio mío, obtuvo su entrada al convento, donde me convenía que viviese custodiada. Merced a ella he encadenado más de diez almas, que son mis compañeras, mis hermanas, mis mentoras...

-¿Y esa palabra, Andrés? -preguntó el doctor con angustia.

-Andrés, ¿y esa palabra? -interrogó Alda con curiosidad.

-Esa palabra... He olvidado cómo se pronuncia.

CONTINUA
LA MUSICA CELESTIAL

-No os desesperéis-dijo Andrés cuando vio el efecto de su respuesta en el rostro del doctor-. Si yo he olvidado la pronunciación de ese vocablo mágico, el israelita Josefo, descendiente de Melchisedec -que según afirman no los tuvo-, la recordará; si Melchisedec *Junior* (?) no las recuerda, me la darán mis almas, las buenas hermanas que van conmigo por dondequiera, y si mis almas no la saben me la dirán mis libros. ¡Ea!, aguarden ustedes una miaja y no desesperen. Tengo que hallar lo que buscamos.

Andrés se dirigió al cubo de piedra encalada, donde habitaba el sumo sacerdote.

Este, interrogado por el poeta, permaneció mudo por algunos instantes, y como perplejo. Después, queriendo sin duda deslumbrar al visitante con su erudición oriental:

-Hijo mío-dijo-, yo sé todas las ciencias divinas y humanas. He leído y meditado todos los libros santos del Oriente. Los de China, que son: el Y *King,* libro de los Kuas de Fohi, el *Chi-King,* libro de los himnos; el *Chu-King,* libro de la Historia; el *Ly-Ky,* libro de los Ritos; el *Chum-Tsieu,* o historia de los doce principados, por Confucio; el S S *EChu,* o sean los cuatro libros morales de Confucio y de Mencio; el *Tao-Te King,* libro de la razón, y el *Kaning-Pién,* o libro de las recompensas y de las penas. He leído los libros sagrados de Persia: el *Zend-Avesta y el Boun-Dehechs;* los libros sagrados de la India, o sean los Vedas: el *Rigveda,* libro de la ciencia de los himnos, o Elogios de los Dioses, que se compone de unos diez mil dísticos; el *Yadjurveda,* libro de la ciencia de las ofrendas, que se compone de ochenta y seis capítulos en prosa, sobre el ritual de lo6 sacrificios; el *Samaveda,* libro de la ciencia de las plegarias líricas, el más sagrado de

todos, y que tiene los himnos que se cantan, esto es, los salmos de los Indios; la *Atharvaveda* o el libro de la ciencia del Sacerdote, que contiene setecientos himnos; los *Upanishads,* o teología de los vedas, y las *Leyes* de *Manú.* Yo he leído el código del mahometismo, o *El Corán,* y he penetrado todos los misterios de la *Biblia*; ¿cómo no había de saber pronunciar esa palabra? Deja que me ponga mis vestiduras sacerdotales, que el racional arda con toda la divina igniscencia de sus gemas en mi pecho y te la diré.

Pocos minutos después, el poeta oía de los labios del levita, por tres veces, el vocablo predigioso.

-Con él podrás desatar –añadió- esas nupcias atormentadoras de dos espírirus, de que me hablas, esas nupcias a las que el pálido Asthophet, el de las tenebrosas alas, del antiguo Egipto, parece haber presidido. Mas es preciso que antes de formularla busques un cuerpo femenino para Alda; ¡de otra suerte, la lanzarás sin misericordia a la eternidad!

-Pero ¡es imposible encontrar un cuerpo de mujer sin alma, padre mío!

-No lo creas; y de todas suertes, hay algunas que tienen el alma tan dosificada, que no les, estorbaría una nueva. Busca, busca y si no encuentras vuelve a mí. Acaso un espíritu tan poderoso coma Alda Podría formarse un cuerpo por sí sola, un cuerpo sutil como habrán de ser los glorificados en el último día, un cuerpo semejante a aquellos que condensaron para hacerse visibles los tres ángeles que vio Abraham, el ángel que luchó con Jacob, el Arcángel Gabriel y el Arcángel Rafael, echando mano de los elementos orgánicos que atesora la naturaleza.

EL AVATAR

Andrés tornó hacia Alda y Rafael a referirles su conversación con Josefo, y los tres pusiéronse a discurrir.

-He dicho que quiero el cuerpo de una francesa -exclamó Alda.

-Pero ¿dónde hallar ese cuerpo? -preguntó Rafael-. Sería preciso tornar a París, y la verdad, en estas condiciones de dualidad ¡yo no hago el viaje! La separación se impone. Cuanto antes, mejor.

¡Soy muy desgraciado!

-El problema es difícil-observó Andrés.

-¡Tan difícil!

-¡Oh, tan difícil!

En aquellos momentos entró en la estancia doña Corpus, que iba en busca del doctor.

Andrés la miró un momento, y dándose una palmada en la frente, exclamó:

-Eureka!

-¿Qué es eso de *eureka*? -dijo Rafael.

-Ya tenemos sujeto.

-¿Quién?

-¡Doña Corpus!

-Pero ¡eso es absurdo!

-¿Y por qué? ¿Te imaginas que un alma como Alda no sería capaz de letificar vitalizar y transformar este pobre cuerpo claudicante?

¡No! -prorrumpió Alda-. ¡Eso jamás!

-Pero ¿tú estás seguro de que mi ama de llaves se transformaría? -preguntó el doctor.

-Como si tomase el agua de la fuente de Juvencio; ¿por qué no?

-Eso es mentira---dijo Alda.

-¡Basta!-ordenó Andrés dirigiéndose a ella. Tú calla y obedece. Y tú, Rafael, explícale a doña Corpus lo necesario para que entienda. La pobre nos mira con un asombro digno de mejor cara.

-Es que no estoy de acuerdo... Yo había soñado otra cosa.

-Ahora no se trata de sueños: se trata simplemente de resolver una situación harto anormal. Encarnaremos a Alda; después no faltará- qué hacer... Vamos, dale una explicación a doña Corpus.

-Doña Corpus -empezó Rafael-, ha de saber usted que por causas difíciles de analizar, yo tengo dos almas en el cuerpo: ¿quiere usted que le pase una al costo?

-Pero ¡usted está loco!

-¡O a punto de estarlo, si usted no acepta!

-No entiendo.

-¿Y qué me importa que no entienda usted? Acepte y en paz.

-Niño, la verdad, yo no creía que se burlara de esta pobre vieja... Valía más que se acabara el mundo.

-Mire usted, el mundo se acabará cuando le dé la gana; pero a mí ya se me acabó la paciencia. ¿Acepta usted o no?

-Pero niño de mi corazón, si yo tengo mi alma propia, ¿para qué, quiero más?

-Lo que abunda no daña -murmuró Andrés.

-Pero ¿está usted segura de que tiene alma, doña Corpus?-cuestionó Rafael.

-¡Qué! ¿Cree usted que yo no soy hija de Dios y heredera de su gloria?

-Pues no la tiene usted.

-¿Cómo que no la tengo?

-Mira, Rafael -interrumpió Andrés-, estas discusiones no conducen a nada. Doña Corpus -añadió encarándose con la anciana-, el doctor está en grave peligro de condenación eterna si usted no acepta, Si es usted cristiana debe salvarlo: ¿quiere usted? Le advierto que su condescendencia pudiera traerle hasta... ¡la juventud!

Ante aquel argumento doña Corpus vaciló.

-Pero ¿no me pasará nada?

-Nada; se lo garantizamos a usted.

-Hagan, pues, de mí lo que gusten.

Andrés no aguardó más; tendió hacia ella sus manos cargadas de fluido y la pobre vieja cayó en sueño hipnótico. Entonces, con toda la solemnidad del caso, el poeta pronunció el tremendo vocablo, ordenando mentalmente a Alda el avatar que deseaba.

El doctor exhaló un grito y cayó cuan largo era sobre el pavimento. Doña Corpus respondió a ese grito con un gemido, e instantes después, el primero tornó a una vida normal y poderosa, la segunda..., la segunda se desplomó pesadamente,

La prueba había sido demasiado ruda para sus cincuenta y tantos años.

Doña Corpus estaba muerta, muerta por exceso de alma, por ¡congestión espiritual!

¡El mundo se había acabado para ella!

ALDA QUIERE IRSE

¿Habéis visto el espanto y la indecisión de un canario, súbitamente libre de su jaula, que describe en su torpe vuelo espirales inciertas, que choca contra los muros de la casa, que asciende y desciende piando tristemente, que no acierta a huir hacia el rectángulo del cielo azul que encuadra el patio, que se siente ebrio de oxígeno y de sol y bate con fiebre sus alitas ocres, fingiendo un copo de oro que revolotea en la atmósfera?

Pues algo semejante hacía la mísera alma desligada de nuevo de la carne y presa, sin embargo, por el flúido imperioso de Andrés. Daba tumbos en el espacio; solicitada por ignota aspiración tendía el vuelo al infinito, y cuando empezaba a cobrar ímpetu, la voluntad del joven mago la retenía fuera del cielo a que ella tendía anhelosa, como el niño retiene por medio de un hilo el glóbulo inflado de hidrógeno que se eleva rápidamente en el aire.

-Déjame, déjame que parta---decía la mísera a la mente de Andrés-; Dios no quiere ya sin duda que continúe mi peregrinación por este mundo. Déjame que parta -repetía a la mente de Rafael-, ya ves que no hemos podido ser felices y todo es vano... Presiento la divina hermosura de la Luz perenne y quiero ir a perderme en ella para siempre.

Mas el doctor, que segregado de Alda tornaba a amarla, precisamente porque ya no la poseía, porque podía escapársele, porque era otra, distinta de él, unía su voluntad a la del poeta para decirle:

-¡Quédate! ¡No te vayas!

-El mundo es triste.

-Yo haré de él para nuestro amor un vaso de deleites, una copa radiante para tus labios.

-No, no lo harás... ¡No tienes poder para tanto!

-Alda, necesito un ideal para mi vida; yo estoy hecho de tal suerte, que no puedo vivir sin un ideal... Mi existencia si un fin, sin un afecto, bogaría con la dolorosa indecisión de un pájaro ciego, de una nave desgobernada..., ¡sin ti no me queda más que mi mal!

Andrés intervino de nuevo.

-Haz de tu mal un fin- dijo filosóficamente. Epicteto afirma que en nuestro poder está aceptar el mal como un bien, o más aún, recibir con indeferencia todos los males.

Pero Rafael no estaba entonces para filosofías.

-¡Quédate! ¡No te vayas! –repetía melancólicamente, con la maquinal y monótona inflexión de un niño caprichoso que pide un juguete-. ¡Cómo decías que me amabas!

-¡Es cierto, te amaba, te amo aún acaso! Mas ¿qué culpa tengo yo de que al revelárseme de nuevo todos los esplendores de lo alto, de tal suerte me deslumbren, y en tal modo me atraigan, y con fuerza tal me soliciten, que la sola idea de tornar a esa enferma vida y a esos incoloros afectos de la tierra me llene de angustia? ¡Ah, tú no sabes, tú no puedes comprender la delicia de abejear por el espacio sin límites, de ser una perenne libélula de esos grandes corimbos de flores pálidas que se llaman constelaciones; de escuchar el salmo de los mundos que ruedan, de fundirse en la crin fosforescente de los cornetas, de visitar orbe tras orbe y hallar con pasmo que la creación siempre comienza, que siempre estamos en el umbral del universo y que tenemos para recorrerlo la rapidez de la luz, la sutileza del éter y la tenuidad del perfume! ... ¡Y quieres que torne a animar una pobre masa encefálica, a unirme a un cuerpo encadenado por la gravedad, enervado por quince mil quinientos kilogramos de presión atmosférica, sujeto a la enfermedad, a la vejez y a la muerte! ... ¡No!, ¡no! ¡Déjame partir, errar, errar perpetuamente! Me impulsa el

instinto de Ahasverus, Carthophilus, lsaac, Laquedem, o como se llame: ese instinto se apodera de todas las almas libres, como se apodera de todos los fulgores, de todos los sonidos, de todos los vientos... Dios le pone, en ellas para que le busquen. Este instinto mitigado en la vida es lo que llamarnos Ideal, Arte, Amor. ¡El ideal, el arte y el amor no son más que el *presentimiento del infinito!*... Este instinto es el que nos impide el reposo, la ventura, la ecuanimidad en la ergástula enorme del planeta... ¡Déjame que parta!

Pero el doctor no entendía de razones y murmuraba tristemente:

-¡No te vayas!

ADIOS

Doña Corpus dormía ya su definitivo sueño bajo la tierra sagrada que humedeció la Sangre del Justo, y todavía aquel pobre espíritu femenino, como una mariposa loca, erraba por las capas inferiores de la atmósfera, sin libertad y sin destino, suplicando dulcemente:

-Dejadme partir.

Andrés recordó el consejo del Israelita y le sugirió:

-Mira, Alda, prueba a formarte un cuerpo; condensa nubes, encadena gases, selecciona todo aquello de que está compuesto el cuerpo humano: carbón, hidrógeno, oxígeno, ázoe, cloro, hierro, fosfato, sodio, potasio, calcio; o bien, víste te de una forma sutil como los ángeles que se dignaron aparecer ante los pastores...

-No puedo---respondió Alda-. Mi fuerza no alcanza a tanto... ¡Dejadme ir!

-¿Por qué no te unes -añadió Andrés- a esa turba de hermanas invisibles que me rodean cuando yo las desato de sus organismos?

-No puedo tampoco. Ellas aún tienen un cuerpo, una cárcel; yo no tengo nada, nada más que el vivo deseo de fundirme en la eterna luz.

-¡No, eso no.!, ¡no te irás! -insistió Rafael angustiado-. ¡Yo te amo continúa a mi lado! Yo te rendiré secreto y perenne culto! ... ¡Tú serás mi ángel custodio, mi alma bien amada! ¡Quédate!, ¡quédate! Ahora te quiero más que nunca.

-Te he dicho, ¡ay!, que no, que no debo, y ahora te diré que ya es tarde, Rafael, ¡demasiado tarde! Eres como todos los hombres: cuando poseen en sí a la ilusión, hija del cielo, la amargan con sus mezquindades y con sus egoismos, la empequeñecen y la alejan, y cuando miran perderse a distancia sus alas de luz, la llaman y sollozan por ella. ¡Insensato! ¡Qué importaba sacrificar un poco de tu orgullo ante la inefable dicha de tenerme contigo, ante la fusión mirífica de tu espíritu y el mío!... ¡Loco! Habías realizado el connubio sublime por excelencia y tú mismo has roto el conjuro. Tu idilio hubiera sido superior al de aquel libro revelado a Gautier. *Espírita* estaba en tu propio cerebro y la desdeñaste, y ahora se va..., será preciso que el, *Donador* consienta en que se vaya... El foco indeficiente de donde emana todo la vida la atrae; el infinito la aguarda... Ante los deliquios de amor que el más allá le ofrece ¿qué valen tus cariños, pobre iluso? ¡Dejadme!, ¡dejadme que parta!

Andrés, a quien aquel diálogo mental por él tan bien entendido conmovía en extremo dijo a Rafael:

-Tiene razón. Me repugna ejercer violencia sobre este pobre espíritu. Consiente en libertarlo.

-Pero ¿no ves que voy a quedarme solo, absolutamente solo, si se marcha?

-¡Ah!, no -interrumpió Alda-, yo descenderé de vez en cuando a tu morada. Vendré por las mañanas, con las buenas auras olorosas, y por las tardes, con los oros postreros del ocaso. Me oirás en la brisa que pasa, me aspirarás en el perfume que flota, me contemplarás en los lampos del alba, me sentirás en el júbilo de tu espíritu consolado. Yo brillaré en la lágrima de gratitud del pobre a quien socorras, en la sonrisa del enfermo a quien alivies, en la mirada del desventurado a quien alientes. Yo estaré presa en las redes armoniosas del verso que te conmueva, cantaré en el arrullo de las orquestas, temblaré en la garganta de los pájaros, lloraré en las vibraciones solemnes de la campana que reza el *Angelus*, reiré en los gorgoritos cristalinos de las fuentes, fulguraré en el verde joyante de las praderas, arderé en el fuego pálido de las estrellas y mi virtud será la que te diga en todos los trances amargos de la vida: *"Ora et spera*! ¡La redención está cercana! Trabaja y haz el bien; siembra gérmenes de amor, que mañana florecerán en

'la eternidad como grandes rosas"... Nomás me llamaré para ti Alda, mas habrás de llamarme *lumen*, pues que tu luz seré y como luz estaré en todas las cosas. Y cuando te avecines al trance postrero, yo vendré a ti, para confortarte, yo te daré la mano para que salves ese tremendo abismo que separa la vida de la eternidad, y como dos *notas que forman un acorde*, como dos hembras de luz que forman un rayo, como dos colores que forman un tono, nos uniremos entonces para siempre en el infinito y juntos seguiremos la escala de perfección a que estamos destinados...

La luz se alejaba suavemente, las brisas llegaban saturadas del olor capitoso de las gomas de Judea, y del perfume acre de las flores primiciales.

-Consiente, Rafael –suplicó Andrés.

Rafael callaba, cautivado a su pesar por aquel patetismo insensato.

-Ennoblece tu amor con el martirio -añadió Andrés-. La vida es breve... La muerte habrá de redimirte de tu soledad y de tu angustia.

-Consiente, Rafael -repitió.

Rafael hizo acopio de toda su energía y murmuró con voz ahogada:

-Sea, pues...

Luego estalló en sollozos.

-Alda -pronunció entonces Andrés-, Alda, yo te desligo, y te liberto; vuela, aléjate hacia esa luz indeficiente que te aguarda, y ruega por nosotros los que quedamos en este valle de lágrimas: *in hoc lacrimarum valle.*

-Alda suspiró:

-¡Gracias!

Sintió el doctor entre sus labios como la sombra de frescura, tenue y casta, de un beso de adiós; el fantasma de un beso.

Y el alma liberta, el noble espíritu manumiso, partió después como un ensueño que se aleja.

Andrés y Rafael quedaron inmóviles en la estancia.

Rafael sollozaba; meditaba Andrés.

Delante de ellos estaba el sol que se ponía.

Detrás de ellos, en los limbos indecisos del pasado, estaba el recuerdo...

POESÍA TENEMOS

¿Cumplió Alda (llamada *Lumen* en su definitiva vida espiritual) la promesa hecha a su amado?

Juzgamos que sí, porque merced a la omnividencia, que es privilegio del autor, hallamos en una página del diario de Rafael, escrita en 1892, y después de un párrafo humorístico que entre otras cosas dice: "Torné a México tan rico como cualquiera de los Cuatrocientos de la Quinta avenida *(The four hundred of Fifth Ave*nue) pero tan pobre de paz como antes. En Veracruz los aduaneros no me registraron el equipaje, y en el tren compré a un muchacho unas naranjas y no, me dio la vuelta; esto me hizo comprender que me encontraba ya en mi país"; hallamos, digo, los siguientes versos, pensados sin duda por Rafael, pero a los cuales debe haber dado forma literaria Andrés -ya que el doctor no era muy hábil en achaques de versificación-, dedicados a la dulce ausente e intitulados:

TENUE

Un eco muy lejano,
un eco muy discreto,
un eco muy suave :
el fantasma de un eco...

Un suspiro muy triste,
un suspiro muy íntimo,
un suspiro muy blando:
la sombra de un suspiro...

Un perfume muy vago,
un perfume muy dulce,
un perfume muy leve:
el alma de un perfume...

Son los signos extraños que anuncian la presencia inefable de Lumen.

¡Ay de mí si no advierto
el eco tan lejano,
el suspiro tan íntimo,
el perfume tan vago! ...

Lumen vuelve a ser hebra de Luna, ¡diluyéndose toda en su rayo!

Este es el cuento del *Donador de Almas,* que he tenido el placer y la melancolía de contaros. Guardadlo en vuestro corazón, y plegue al cielo que cuando la Quimera llegue hasta vosotros, la acariciéis con humilde espíritu y en alta contemplación, a fin de que no se aleje y hayáis de amarla cuando parta...

Deo gratias felicito.~, amen!

Librodot